

*Confuse and Control Soviet Techniques in Germany.*—Departamento de Estado Washington, 1951, 108 pág.

El problema de Alemania, con todas sus derivaciones, es susceptible de sugerir interesantes exégesis. Rusia juega la baza alemana. Y, de un modo o de otro, la actuación soviética en Alemania debe atraer la atención, como una muestra peculiar de la infiltración expansiva de los soviets.

Cierto que todos los aliados entraron como enemigos en territorio teutón. Pero los rusos se dieron la tarea de levantar en su zona un Estado-satélite. Las principales industrias que quedaron en la Alemania oriental, y con capacidad de trabajo, fueron combinadas en *trusts* con agentes soviéticos de control. Los métodos usuales en los países satélites se aplicaron en la Alemania oriental: su resultado fué un *puppet government*.

En rigor, todos los alemanes desean una Alemania unida. Todas las potencias ocupantes desear ver una Alemania unida. Mas los soviets entienden una cosa por unión, y para los aliados la unidad significa otra cosa. Los rusos, por medio de su eslogan *unidad y paz*, piensan en la intervención comunista de todo el ámbito germano; intervención, a ser posible, sin lucha alguna. Para los occidentales la unidad representa un Gobierno democrático en Alemania... Las potencias de Yalta habían acordado la división de Alemania en zonas, pero estableciendo un control aliado común con el fin de enfrentarse con todos los problemas alemanes considerados en su conjunto, tales como el comercio necesario entre las zo-

nas industriales del Occidente y las tierras agrícolas del Oriente.

El hecho es que la propaganda comunista de la Alemania oriental hace uso de la llamada *projection*: el arte de cubrir sus propios crímenes acusando a sus oponentes de hacer lo que ellos hacen realmente. La propaganda comunista se vincula al tema del *imperialismo del dólar, el enemigo del pueblo alemán*. Y echa mano del pacifismo germano, sirviéndose de las experiencias de los alemanes a través de dos guerras mundiales y de la última derrota. Captación de unos sectores es un motivo de esta actuación. Llevar la confusión a otros grupos es otra de las finalidades comunistas. Y digamos también que el Frente Popular llama a todos los germanos en apoyo de la preservación de la paz, de la unidad democrática de Alemania, de un tratado de paz para todo el espacio teutón, de la retirada de las tropas de ocupación, de la reconstrucción de la economía pacífica germana, del mejoramiento de los niveles de vida con el propio esfuerzo popular, de la expansión y consolidación del orden democrático y protección y del mantenimiento de la cultura alemana.

Mas, por otro lado, el 21 de octubre de 1950 Molotof se encontró en Praga con representantes de los Estados satélites, para considerar planes sobre Alemania. La conferencia propuso que las potencias occidentales consintiesen en una convención premilitar entre los alemanes del Oeste y del Este,

con igualdad de miembros, con vistas a establecer la maquinaria electoral para toda la nación (recuérdese que sólo un tercio de los alemanes vive en la República Democrática Alemana). Y el 16 de diciembre de 1950 vino, en efecto, la ley para salvaguardia de la paz. El fin de esta disposición, según los estadounidenses, es intimar a cualquiera que pueda estar inclinado a cooperar con la defensa europea occidental.

Con esto, no se olvide la sección dedicada en esta publicación a mostrar la influencia comunista en la Alemania occidental. Para nosotros este punto encierra el máximo interés. Las devastaciones causadas por la guerra, el problema de los refugiados

los hábitos políticos del pueblo alemán, efectos psicológicos de la derrota, el desempleo... coadyuvan a la debilidad material de la Alemania occidental. (Según las estimaciones hechas en 1950 por el *Berlin Institute of Economic Research*, 12.500.000 germanos vivían del socorro, de las pensiones y de los seguros. Sólo los refugiados estaban costando a los contribuyentes un quinto del presupuesto federal.) Y conviene tener presentes los peligros que acechan a la República Federal Alemana: *even if the Communists do not launch a military attack on Western Germany their infiltration will be dangerous for a long time to come.*

L. R. G.

*The Kremlin Speaks.*—Departamento de Estado, Washington, 1951. 37 págs.

Las condiciones especiales del moderno vivir interestatal, en el que Rusia juega papel principalísimo, nos inducen a traer aquí esta publicación del Departamento de Estado, que nos informa, en un reducido espacio, de buena parte de las directrices bolcheviques a través de extractos del pensamiento representativo de los gobernantes de Rusia: Lenin, Stalin, Vichinsky, Varga, Burdzhalof, Simonof, Kalinin, etc.— y de sus más caracterizadas publicaciones —*Trud*, *Krasny Flot*, *Pravda*, *Bolshevik*, *Izvestia*, etcétera.

Conocemos que los teóricos comunistas han elaborado la concepción del mundo dividido —*artificially and dogmatically*— en dos partes irreconciliables: los comunistas y los no-comunistas. De aquí surgen dos derivaciones: el *encerclement* capitalista y el concepto soviético de las relaciones exteriores. Stalin, en junio de 1930, hablaba del siguiente modo: «Nuestro *encerclement* capitalista no es simplemente una concepción geográfica. Significa que alrededor de la U. R. S. S. hay fuerzas de clase hostiles, prontas a apoyar a nuestros enemigos de clase dentro de la U. R. S. S., moral, materialmente, por medios de bloqueo financiero y, cuando la oportunidad lo ofrezca, por medios de intervención militar.» Y, ante estos postulados, comprendemos las palabras que siguen a continuación: «Mientras de-arrolamos la construcción socialista

pacífica, debemos no olvidar por un minuto las intrigas de la reacción internacional, que está incubando los planes de una nueva guerra. Es necesario llevar en espíritu las instrucciones del gran Lenin: continuar estando alerta y guardar como la pupila del ojo a las fuerzas armadas y al potencial defensivo de nuestra nación.» (Stalin, en la Orden núm. 7, mayo de 1946— como ministro de las Fuerzas Armadas—.) Claro es que para los comunistas el Ejército rojo está en guardia para proteger el trabajo pacífico y la tranquilidad de los pueblos. Siempre se mantiene en guardia por la paz a través del mundo. (*Izvestia*, 22 de febrero de 1948.) Y asimismo se alega que el Ejército soviético ha salvado a la civilización europea de los bárbaros fascistas.

Del mismo modo, puestos en ese camino, cabe traer al recuerdo la pretensión de aquellos que alegan que los pactos de mutua asistencia no implican interferencia de la U. R. S. S. en los asuntos interiores. Por otro lado, el 23 de agosto de 1921, Stalin hacía en la *Pravda* esta *prophetic description* del papel del comunismo en los asuntos internacionales: «Las tareas del Partido en política exterior son: utilizar cada contradicción y conflicto entre los grupos capitalistas circundantes...; llevar fortaleza al Ejército Rojo...» Sin olvidar que, según afirma *Krasny Flot* (Flota Roja), el 18 de julio de 1946, «mientras exista el mundo capita-

lista, no está excluida la posibilidad de una guerra y de ataques rapaces sobre la U. R. S. S.». No obstante, Stalin, en su discurso al XV Congreso de la Unión Soviética, 2 de diciembre de 1927 (Gospolitizdat, Moscú, 1949), decía: «Las bases de nuestras relaciones con los países capitalistas consisten en admitir la coexistencia de dos sistemas opuestos.» Y no estará de más aludir al criterio del internacionalismo, a través de las palabras de P. E. Vichinsky: «Un real internacionalismo es aquel que lleva su simpatía y reconocimiento hasta el punto de ayuda práctica y máxima a la U. R. S. S. por todos los medios y en toda forma posible.» ¡Sugestivo tema para la meditación!

También se ha escrito en el *Bolshevik* que «la Unión Soviética está luchando para tener a las Naciones Unidas tan efectivas como sea posible.» Recordemos que Stalin, en declaraciones hechas en 1946, atribuía gran importancia a la O. N. U., en razón de ser «un serio instrumento para la preservación de la paz y la seguridad internacional». «La fuerza de esta organización internacional consiste, para el dictador rojo,

en el hecho de que está basada sobre el principio de derechos iguales de los Estados y no sobre el principio de la dominación sobre otros.» Pero, al propio tiempo, hemos de leer: «Es difícilmente posible que los contemporáneos sepultureros de la soberanía sean tan ingenuos como para creer en serio que paz y armonía sobre la tierra pueden ser conseguidas por la creación de un parlamento internacional.» (*International Law at Its Present Stage, Bolshevik*, núm. 21, de noviembre de 1946, página 23.)

Mas, por encima de toda la hojarasca verbal estéril, debemos tomar el sentido de la trayectoria soviética. No olvidemos que el pensamiento bolchevique, a través de rodeos, zigzags o circunloquios, responde a este nítido pensamiento: «Estamos viviendo en una época en que todos los caminos conducen al comunismo.» Todavía más. Molotov, en el discurso del XXX aniversario de la Revolución de Octubre, desenvolvía osadamente el tema de la decadencia del capitalismo y de la inevitabilidad de la revolución mundial.

L. R. G.

*Les États-Unis et l'Union Soviétique.*— Centre Quaker International, Paris, 1950, 121 págs.

Actualmente la cuestión más grave del mundo es saber si habrá paz o guerra entre Rusia y los Estados Unidos. Se anhela un *modus vivendi* entre los dos colosos. Este espíritu llevaba en 1949 a una Comisión de los cuáqueros americanos a elaborar un informe en torno a este tema. Desde los proyectos de William Penn, bien conocidos son los esfuerzos de los cuáqueros en pos de la paz. Así, la filiación de este estudio sobre la U. R. S. S. y la República aunque justificará la adopción de algunas posturas, excesivamente asépticas para la época presente...

Realmente, los que han elaborado *Les États-Unis et l'Union Soviétique* parten de unas cuantas premisas: 1.ª El mundo desea la paz. 2.ª El comunismo, de una parte, y el sistema de las democracias occidentales, de otra, continuarán existiendo (demostrando la vitalidad del régimen soviético) demostrada a través de las crisis sufridas

por él: guerra civil 1918-20, crisis agrícola 1929-31, depuración en masa de sus jefes en 1936, invasión de 1941). 3.ª Sería insensato pensar que una oposición fomentada en el interior de la Unión Soviética pudiera desarrollarse hasta el punto de amenazar la existencia del régimen. De todo esto surge, como evidencia, la precisión de contar con el fenómeno comunista durante un período de tiempo indefinido.

Parejamente, se adecua la diferencia de fines entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. El objetivo de la Unión Soviética queda reducido a la revolución mundial. Los Estados Unidos no han tenido jamás el fin político claramente definido de derribar al régimen soviético. No obstante, así la tensión actual se prolonga, hará nacer, inevitablemente, de los dos lados, la tentación de un ensayo de molestar al adversario, esforzándose por fomentar en su interior un potente descontento. (Recuerde el lector la tesis de

Burnham expuesta en *The Coming Defeat of Communism*; vid. *Le Monde*, selección semanal del 10 al 16 de noviembre de 1950, página 8.)

Con una particularidad a notar: a pesar de las diferencias fundamentales existentes entre las instituciones políticas y económicas de los Estados Unidos y las soviéticas, se dan semejanzas manifiestas entre ambos países. (Dos civilizaciones jóvenes y vigorosas, más materialistas que espiritualistas, buscando el bienestar material, una por la *standardisation* y la producción en masa, la otra por la organización política y económica colectiva.

Y he aquí que para los autores de este informe hay posibilidades de adaptación recíproca y de coexistencia. E, incluso, se señala que, si bien el comunismo ruso cree

en la necesidad de un conflicto brutal entre el mundo soviético y el mundo capitalista, aquél no ha fijado límite a este período intermedio. Y en rigor, si existen temores mutuos, también se alega que la seguridad no puede ser conseguida por la carrera de armamentos. Y, resumiendo, los cualquiera creen mejorar la angustiosa tensión entre las dos superpotencias por medio de unos cuantos puntos a seguir: 1.º Cambios comerciales Este-Oeste. 2.º Retorno de Alemania a la comunidad de naciones, en ciertas condiciones de control internacional. 3.º Desarrollo y reforzamiento de la O. N. U., tras una efectiva organización mundial por encima de la estructura de los Estados que la componen.

L. R. G.

MILOVAN DJILAS: *Lénine et les rapports entre États socialistes*.—París, 1949. 126 págs.

Si aprisionan interés todos los asuntos relativos al conglomerado soviético, nada tiene de extraño que las cuestiones yugoslavas revistan singular relieve. Para los moscovitas, Tito y sus seguidores han adoptado una postura *herética*. Para los comunistas yugoslavos, el «stalinismo» es una desviación del marxismo-leninismo. Y a demostrar esto último van encaminados los esfuerzos de los dirigentes y de la propaganda de Belgrado. Y, en este sentido, las opiniones de M. Djilas son de las más representativas.

Fácil es imaginar que Lenin no ha podido prever en los detalles todas las formas concretas que tomarían las relaciones entre Estados socialistas. Lenin no previó, ni podía prever, la importancia del asunto para los movimientos comunistas, y menos podía imaginar que el primer país donde el proletariado se hacía con el poder iba a querer imponer a los nuevos Estados socialistas relaciones fundadas sobre la desigualdad. Vaya por delante una justificación de Djilas: Lenin no era un profeta, sino un buscador científico revolucionario.

Y para configurar con un mínimo de justicia las ideas de Lenin en torno a la cuestión de las relaciones entre los Estados socialistas, no estará de más consignar las si-

guientes palabras extraídas de su *Carta a los obreros y campesinos de Ucrania* a fines de 1919: «Con tal que haya unidad en la lucha contra el yugo del capital, para la dictadura del proletariado, la cuestión de las fronteras nacionales, de un vínculo federativo u otro entre Estados, no debe ser para los comunistas una razón de dividirse.» En realidad, este punto de la independencia es un asunto secundario, y así lo sugiere la lectura de los escritos de Lenin en torno a los asuntos ucranianos. Ahora bien: en su Primer Bornejo de las tesis sobre la cuestión nacional y colonial, escrito en junio de 1920, para el II Congreso de la Internacional Comunista, se pronunciaba, primeramente, en favor de la federación como «una forma transitoria hacia la unidad de los trabajadores de diversas naciones; en segundo lugar, por la necesidad de una estrecha alianza económica de las repúblicas soviéticas.

Y es interesante advertir que el mismo Stalin se mostró favorable en otro tiempo a un sistema de confederación (propio para las nacionalidades del tipo alemán, polaco, húngaro o finés, dotadas de existencia caracterizada desde antiguo; o para las nacionalidades retrasadas, como Persia o Turquía), partiendo del hecho de que un en-

tramado federativo con la U. R. S. S. no era apto, de momento, en tales circunstancias.

Lo cierto es que Lenin enfoca estos extremos desde el punto de vista del fortalecimiento del socialismo en general, desde el punto de vista del reforzamiento de la dictadura del proletariado. Y no será superfluo traer aquí el concepto de Lenin sobre el derecho de libre determinación de los pueblos. Dice así: «Es preciso realizar la *igualdad* nacional, proclamar, formular y realizar la identidad de «derechos» de todas las naciones... Pero aquí surge la cuestión que se trata de eludir: ¿es que la negación del *derecho* de un pueblo a su propio Estado nacional no es una negación de la igualdad de derechos? Sin duda que lo es. Y una democracia yendo hasta el fin de sus principios, es decir, socialista, proclama, formula y realiza este derecho, fuera del cual no hay camino hacia la aproximación y la fusión plena y voluntaria de las naciones.

Resumiendo, para M. Džilas la doctrina leninista sobre las relaciones entre Estados

socialistas - parte de su concepción sobre la cuestión nacional - viene caracterizada del modo siguiente. Para que el proletariado pueda asociarse y tener éxito en la lucha contra el capitalismo y en la edificación del socialismo debe, al llegar al poder, asegurar a todos los pueblos el derecho de disponer de ellos mismos. Cada pueblo determina por propia voluntad, sin ninguna presión exterior, el carácter de sus relaciones con los otros pueblos (federación, confederación, Estados independientes). Mas como los Estados socialistas no surgen todos al mismo tiempo, sino en diversas etapas de la lucha contra el capitalismo, y como no alcanzan el socialismo partiendo de la misma base económica y cultural, sus caminos hacia el mismo fin son diferentes necesariamente; su transición al socialismo se hace por necesidad bajo aspectos diferentes. Y, en consecuencia, el derecho de libre disposición y el principio de libre voluntad deben ser respetados y aplicados en las relaciones interestatales socialistas hasta que se extinga el Estado, hasta el comunismo...

L. R. G.

CHARLES MILIK: *War and Peace*.—The N. C. for F. E., Nueva York, 1950, 42 págs.

Los problemas entre Rusia y el Occidente revisten la máxima trascendencia. Esto es sabido. El mundo occidental intenta forjar un instrumento cohesivo para enfrentarse con la fuerza soviética. Mas ¿cómo se interpretan estas circunstancias? Conviene saberlas comprender con eficiencia. Y nosotros encontramos singular complacencia en traer aquí las críticas del libanés Charles Malik: críticas sobre la Unión Soviética y sobre la indombrabilidad occidental. La tesis de Malik es ésta: el comunismo en general y la Unión Soviética en particular no desean realmente la paz. Toda ofensiva de paz por parte de la U. R. S. S. no es sino un plan estratégico y táctico determinado por el estado particular del desenvolvimiento comunista.

En rigor, un examen del marxismo clásico y de la interpretación soviética ortodoxa revela cuatro tesis fundamentales respecto a la revolución: 1.ª El marxismo es esencialmente una doctrina revolucionaria. 2.ª El

cambio del sistema burgués al modelo proletario, que es el objetivo del movimiento comunista, sólo puede ser conseguido a través de un vuelco violento de los regímenes existentes. 3.ª Aunque la revolución comunista sea susceptible de tener éxito y pueda establecerse seguramente la dictadura del proletariado en un país o en unos pocos países, tal éxito no tiene poder de ser completo o seguro, a menos que contribuya eficazmente a la victoria de la revolución en todas las naciones. 4.ª Por más que la victoria de la revolución comunista en un país, y eventualmente en todos los países, es un inevitable resultado de la naturaleza del capitalismo y de su fase final, el imperialismo, este inevitable resultado será acelerado y actualizado por la acción de los partidos y de los Estados comunistas. Sobre la verdad de estas cuatro tesis están de acuerdo los maestros ortodoxos del comunismo.

Ahora bien: Malik afirma: *No one can fail to admire the magnificent achievements*

of the Soviet State. Y el escritor que reseñamos nos da razones en favor de este aserto. Mas conviene saber aprehender la verdad. Pues la tragedia de la situación es que todas esas grandes cosas han sido conseguidas a un espantoso coste humano y espiritual. Pero ¿era preciso llegar a este extremo para conseguir tales resultados? En resumen, hay una antítesis entre la perspectiva del comunismo y la perspectiva de las altas tradiciones del Occidente respecto a las fundamentales categorías de la existencia. En suma, la perspectiva del comunismo está determinada por la ontología materialista. En primer lugar, en Occidente la religión es concebida invariablemente como respuesta del hombre a la Divina Presencia. El comunismo la concibe como un producto de la estructura económica de la sociedad. Parejamente, los pensadores representativos del Occidente miran a la ética como enraizada esencialmente en la naturaleza del hombre y en el orden absoluto de los valores, los cuales están fundamentados en el orden trascendente de lo divino. Por su parte, el comunismo juzga de otro modo. «Deducimos nuestra moralidad de los hechos y necesidades de la lucha de clases del profetariado», escribió Lenin al hablar de la religión.

Pero esto no es todo. Verdaderamente, el comunismo es la religión del Gobierno soviético de hoy, pero la esperanza de paz reside en el inextinguible fuego de verdad y amor que, ciertamente, está latente en el corazón ruso. Y, concretamente, la literatura rusa del siglo XIX refleja las misteriosas profundidades del alma rusa más auténticamente que las monótonas disquisiciones de los representantes diplomáticos soviéticos. Y Berdiaeff ha exployado precisos pensamientos a este respecto. El espíritu ruso es complejo — genuino sentido religioso, misticismo, búsqueda en pos de una vía de vida, nunca tras ideas abstractas, etc., etcétera —. Y he aquí que para Malik las fuer-

zas de la paz y de la comprensión tienen aliados en Rusia; nuestra común humanidad y lo mejor que existe en el espíritu ruso.

Mas, como señala Frank Altschul, no es bastante tener claridad respecto a la naturaleza del desafío soviético. Debemos estar ciertos de la calidad de nuestra propia respuesta. En realidad, con palabras de Malik, guerra y paz no son sólo una función del comunismo; dependen también del estado de salud y enfermedad de la cultura occidental. Bien se aduce que muchas fases de la vida occidental son repulsivamente materialistas — el espíritu de los negocios, el ansia de ganancias, la concupiscencia, etcétera —. El Occidente conoce un debilitamiento de la fibra moral. En el mundo occidental la cualidad está en eclipse; dominan la cantidad y el número. Hay una bancarrota de ideas fundamentales. Y, con todo esto, la respuesta del Occidente a la amenaza soviética ha sido tímida e incierta hasta ahora. La única respuesta efectiva al comunismo es un genuino materialismo espiritualizado, buscando mover toda traza de injusticia social sin detrimento de los altos valores que constituyen el verdadero espíritu occidental. *Nor is it sufficient in this cruel century to be happy and self-sufficient. Man thirsts after ideas.* Y el conjunto del Oeste no puede marchar rectamente sin tener conciencia de estas evidencias. Por eso el lector encontrará valor a los siguientes pensamientos del doctor Malik: El reto de esta época no es el comunismo, sino que radica en cómo podrá recobrarse la sociedad occidental del culto a los dioses falsos y forjados para volver a sus auténticas fuentes. El problema del momento es de qué manera el hombre moderno, distraído y abrumado, por sí mismo y por el mundo, tiene posibilidad de recuperar la original integridad de su alma.

L. R. G.

MARIO TOSCANO: *Una Mamcata Intesa Italo-Soviética nel 1940-1941.* —G. C. Sansoni, Firenze, 1952, 144 págs.

Prosiguiendo una serie de estudios de historia diplomática reciente, publicados en la colección de la *Rivista di Studi Politici*

*Internazionali*, de Florencia, M. Toscano ha reunido y comentado los documentos oficiales italianos relativos a las relaciones italo-

soviéticas en el período de 1910-1941. Estos documentos forman parte de un importante manual titulado *I documenti diplomatici (1861-1943)*. El interés de la obra del señor Toscano reside tanto en sus análisis, que revelan un sentido histórico y una penetración política notables, al propio tiempo que un profundo conocimiento de las fuentes, como en la correspondencia cambiada entre las Embajadas de Moscú y de Berlín y el Palacio Chigi. Entre estos documentos tienen un particular interés los despachos del embajador de Italia en Moscú, Augusto Rosso, y en ellos manifiesta sus cualidades de lucidez y de honestidad intelectuales, características que el autor subraya complacido, y que contrastan, de modo notable, con la apatía y la falta de curiosidad y de imaginación del embajador en Berlín, Dino Alfieri.

Distingue el autor cinco fases en la evolución de las relaciones italo-soviéticas durante el período comprendido entre la iniciación de las hostilidades entre Alemania, de una parte, y Francia y Gran Bretaña, de la otra, y la lucha abierta de Alemania contra la Unión Soviética. En la primera fase, que va desde el 23 de agosto de 1939 hasta la intervención italiana en junio de 1940, es Alemania la que presiona sobre el Gobierno italiano a fin de provocar un acercamiento italo-soviético. Roma duda y no parece dispuesta a seguir tal camino, provocando, sin duda alguna, manifestaciones anti-soviéticas, especialmente durante la guerra ruso-finlandesa. Ciano parece ver en esta diferencia de actitudes germano-italianas un modo de manifestar la independencia de Roma con respecto a Berlín, tanto ante los ojos de los aliados como de los propios dirigentes nazis. El Kremlin, por su parte, poco dispuesto al principio a responder a las sugerencias de Berlín que preconizan en Moscú un acercamiento italo-soviético, se muestra más favorable en el momento en que, tras la derrota de Francia, Mussolini, en vísperas de la entrada de Italia en la guerra, lanza propuestas a Moscú, a fin de sondar la opinión de los hombres del Kremlin.

La segunda fase va desde junio de 1940 hasta después del arbitraje de Viena. Por consideraciones principalmente de tipo económico, entre otras, para recibir el petróleo que la falta, se esfuerza por iniciar, en un plano general, conversaciones con Mos-

cú. El Kremlin, ansioso de obtener de Italia, como contrapartida de la ayuda económica, la garantía política de las ventajas obtenidas por la U. R. S. S. en los Balcanes, acoge favorablemente las ofertas italianas. Alemania, por el contrario, empieza a sentir, a partir de este momento, una cierta desconfianza con respecto a las conversaciones soviético-italianas. La presión que la Wilhelmstrasse ejerce sobre el palacio Chigi basta para desbaratar la iniciativa italiana.

En una tercera fase, que va desde agosto de 1940 hasta el viaje de Molotov a Berlín, en noviembre del mismo año, las relaciones italo-soviéticas entran en un punto muerto, y durante este período, Alemania acaricia la idea de que la Unión Soviética renuncie a los Balcanes a cambio de expansionarse en Extremo Oriente.

El cuarto período, que va desde noviembre a diciembre de 1940, nos muestra el enfriamiento de las relaciones entre Alemania y la U. R. S. S. El Kremlin se esfuerza entonces por iniciar de nuevo las conversaciones con Roma, con objeto de poder así sortear los obstáculos que ha encontrado en sus contactos con Berlín y poder sondar de este modo la posición real y efectiva del Eje. Alemania, inquieta quizá por no haber podido obtener de los soviets las concesiones que esperaba, se muestra cada vez más opuestas a las conversaciones de Roma y Moscú, que, sin duda alguna, habrían de tener como base los problemas políticos más acuciantes del momento. No obstante esto, Berlín no ha perdido sus esperanzas de obtener de Moscú la realización de sus deseos y acentúa la presión cerca del Kremlin. En cuanto al Gobierno italiano, que no ha sido informado por Berlín del contenido de las conversaciones celebradas por Molotov con los dirigentes del tercer Reich, ni de su resultado, su acción se limita a plegarse a las indicaciones de su aliado sin exigir explicación alguna acerca de su política.

El quinto y último período va desde la renovación de las conversaciones italo-soviéticas, en la segunda quincena de diciembre de 1940, hasta el 24 de febrero de 1941. El Gobierno italiano, ignorante de los proyectos de Berlín, toma nuevamente la iniciativa a fin de reanudar los contactos; mas la propuesta rusa sobre problemas de indudable trascendencia política paraliza su

acción. Estas propuestas son: garantía italo-germana a Rumania, navegación sobre el Danubio y reconocimiento de los intereses soviéticos en los estrechos. El palacio Chigi es incapaz de contestar por sí solo a las mismas, en tanto que la Wilhelmstrasse reitera su negativa a la prosecución de un diálogo abocado fatalmente al fracaso y que no ha de tener sino repercusiones desagradables para Alemania. En Roma se inclinan ante los deseos nazis sin preguntar el porqué de la obstrucción alemana. Moscú, por su parte, al darse cuenta de la imposibilidad de Mussolini de llegar a un acuerdo sobre la cuestión, se desinteresa por completo del asunto y da por terminadas las conversaciones.

El autor pone de relieve una de las ca-

racterísticas de la política italiana de este período, que atribuye a la «ligereza» del conde Ciano. Tanto en el palacio Chigi como en el palacio Venecia, se muestran incapaces de pensar en la verdadera política italiana en función de los intereses de Italia, teniendo en cuenta la actitud y los intereses de otras potencias y el curso de los acontecimientos. Es significativo el hecho de que en momento alguno se haya pensado en Roma pedir explicaciones a Berlín sobre sus intenciones reales con respecto a la Unión Soviética. La política italiana de la época está llena de veleidades basadas en equívocos y es, en última instancia, de Berlín de quien depende el resultado de las iniciativas italianas.

J. M. y L.

*Report on Free China*, por Chen Cheng, primer ministro de la República de China.—Taipei, Taiwan, China. Octubre 1952.

Nos llega ahora el informe que el «primer» Chen Cheng rindió en la segunda sesión plenaria del VII Congreso Nacional del Kuomintang, celebrado en octubre del pasado año en la capital de Formosa, Taipei.

Fundado en 1894 por el doctor Sun Yat-sen, el Kuomintang, o partido nacionalista chino, ha sido el aglutinante político de más fuerza en todo lo que va de siglo. A él se debe el derrocamiento de la dinastía Manchú en 1911 y la consiguiente instauración de la República un año después. Íntimamente ligado al Gobierno de Chiang-Kai-Chek, su historia ha corrido las mismas arduas vicisitudes. La Convención a que se refiere el informe de Chen Cheng ha sido la primera que se celebra por el partido nacionalista después de la terminación de la guerra mundial. Abarca, pues, el informe un período sumamente crítico en la vida del régimen de Chiang. Período al que las democracias occidentales, los aliados de la Incha contra el Eje, en su primer momento, tácitamente pronosticaron de agónico, cuando el día 10 de enero de 1950 Truman declaró que la isla de Formosa carecía de interés estratégico para los Estados Unidos y que éstos no la defenderían de un posible ataque comunista.

¿Cuál era la situación en Formosa en 1949? Políticamente, el prestigio del Go-

bierno era casi nulo, después de las acusaciones de ineptitud, corrupción administrativa, etc., que la crítica de los observadores extranjeros difundió en todo el mundo cuando el desmoronamiento de la línea de resistencia del río Yangtze. Militarmente, los hechos eran suficientemente expresivos: las fuerzas evacuadas a Formosa eran, como es obvio, muy limitadas en número y de una moral relajada por el persistente quebranto material. Con una moneda lanzada a la inflación, la Hacienda pasaba por un agobio que se refleja en el promedio de déficit mensual del presupuesto, que alcanzaba el 85 por 100. Socialmente, en fin, con un pueblo amedrentado por el acoso comunista, al que empezaba a fallarle la fe en los gobernantes, y trabajado en el río revuelto de la derrota por la sutil propaganda de Mao, el «creyedor de la clase campesina»...

Ciertamente que el documento de que damos noticia es el texto de un discurso de clara parcialidad e intención no disimulada. Se trata de enseñar al mundo, en lenguaje principalmente, la obra de reconstrucción moral y material que el régimen de Chiang ha llevado a cabo en el último reducto de la resistencia frente al comunismo arrollador. La herencia espiritual del fundador Sun Yat-sen se dice con orgullo



de demócratas antiguos, presentado el credo del Kuomintang como prenda de la verdad democrática de las instituciones políticas de Chiang, tantas veces acusado de dictador.

El informe está dividido en seis partes: A) Asuntos políticos: Seguridad interna (la defensa frente a la invasión silenciosa de los agentes comunistas); B) Fomento de las autonomías locales (hasta llegar a la creación de la Asamblea Provincial Provisional de Formosa); C) Realización de la política «La tierra para el agricultor» (en tres etapas: reducción de la renta de la tierra al máximo rendimiento de un 37 por 100 de la principal cosecha; venta de terrenos públicos; impulso extensivo de dicha política); D) Progreso del nivel de vida. II. Asuntos extranjeros: A) Salvaguardia de nuestro estatuto en la O. N. U.; B) Fortalecimiento de la cooperación económica y militar con Estados Unidos; C) Tratado de paz chino-japonés (hacia una alianza perdurable...); D) Robustecimiento

de los lazos con otros pueblos. III. Asuntos militares (el progreso del ejército de Formosa, bajo el caudillaje de Chiang, con la asistencia de los E.E. U.U.). IV. Asuntos económicos y financieros (de cuyo análisis se deduce la mejor organización administrativa y control del binomio producción-consumo en la pequeña área insular). V. Educación: A) Impulso de la moral de los estudiantes y empleo de los graduados; B) Impulso de la educación primaria; C) Desarrollo planeado de la educación basada en las necesidades del país. VI. El pasado y el futuro («Formosa, hoy, es no sólo la base para el renacimiento y la reconstrucción nacional, sino también la guía del anti-comunismo de toda Asia»).

En resumen: un documento interesante que debe ser tenido en cuenta en la actual meditación de los políticos occidentales en torno a un posible cambio de actitud, favorable al poderoso Mao Tse Tung.

J. L. A.

*China Handbook* 1952-53.—Compiled by The China Handbook Editorial Board. China Publishing Co. Taipei, Taiwan, 1952.

La presente edición del Manual de China que nos dice en el prólogo - pretende describir la totalidad de China: la parte que es libre y la parte que está temporalmente esclavizada por el comunismo. Comprende un período de ocho meses aproximadamente desde la anterior edición, aparecida a principios del año 1952. Como novedad de la presente edición se incluye un capítulo - el XIV - con un resumen de las relaciones entre China y la Unión Soviética desde la conquista del poder por los bolcheviques en Rusia.

En 624 páginas de menudo tipografía se presenta un cuadro general de la China, el inmenso territorio, que cubre una extensión de 9.814.247,05 kilómetros cuadrados, poblado por una masa humana de 462.798.093 individuos, según las estadísticas que nos proporciona este libro. Constituye una aportación de incalculable valor por la riqueza de sus estadísticas y la inteligente distribución de las materias que se exponen. La estructura de los gobiernos nacionalista y comunista, los asuntos militares, económi-

cos, de educación y cultura, las comunicaciones, la ayuda americana, las personas de relieve público, los textos legislativos más importantes, desde la Constitución de la República de China de 1 de enero de 1947 hasta el Tratado de Amistad y Alianza de la China y la U. R. S. S. de agosto de 1945, todas, en su multiforme e ingente variedad, son presentadas en forma asequible a la consulta del erudito y a la curiosidad del profano en general.

De sus páginas trasciende el vivo sentimiento patriótico de los nacionalistas de Chiang Taiwan (Formosa), el último refugio de la resistencia es la sede «temporal» del Gobierno chino: la palabra «provisional» aparece dando sentido a las más importantes instituciones del régimen insular. Todo el Todo el quehacer de Taiwan está potenciado para el contraataque. La invisible nostalgia del continente perdido tiene un tono de vigorosa esperanza en el triunfo final. Es bien perceptible también una firme conciencia de legitimidad que agiganta la fuerza de estos dos grupos de islas del Océa-

no Pacífico, catorce del grupo de Taiwan, sesenta y cuatro de las Penghu, pobladas por nueve millones de hombres, en su mayoría agricultores, a cien millas de la costa de la provincia de Fuchien.

El volumen comprende diecisiete capítulos y un apéndice.

El primer capítulo, titulado «Información general» contiene un resumen de la geografía del continente (extensión superficial, división administrativa, estructura geológica, configuración de las costas, montañas, ríos, lagos, agricultura y silvicultura, recursos minerales, población), así como una breve historia de China, religión (conocemos en este punto el progreso de la religión católica: 2.934.175 en 1936, y diez años después, en 1946, 3.279.013) y lenguaje.

El segundo capítulo es un esquema de la estructura del Gobierno, que se abre con un resumen del movimiento constitucionalista que nace en la guerra chino-japonesa de 1894. Después, la estructura actual: Asamblea Nacional, los Cinco «Yuan», la demarcación de poderes, el régimen local y su representación corporativa, el régimen de autonomías locales (*Local selfgovernment*). Se cierra este importante capítulo con la lista de los nombres que ocupan los cargos principales de la planta constitucional.

El tercer capítulo expone la organización de la Justicia desde el más alto Tribunal (Judicial Yuan), al que corresponde no sólo la aplicación de los derechos del pueblo, sino también unificar las divergencias por el ejercicio de su poder de interpretación a los tribunales locales, los notarios, las penitenciarias, etc.

El cuarto capítulo, con el título de «Asuntos interiores», se ocupa de la Policía, la Prensa, el Departamento de Asuntos Sociales, la organización del trabajo, la Sanidad nacional...

El capítulo quinto contiene la materia quizá más importante del volumen, pues afecta a la propia existencia del Gobierno de la China libre: las relaciones extranjeras (China y las Naciones Unidas; China los E. U.; China y el Japón), en donde tomamos contacto con la política internacional de Chiang-Kai-Shek, encaminada a poner en evidencia la importancia de su posición en clave de las comunicaciones entre Extremo Oriente y Europa y América (por la ruta del Atlántico), punto de

apoyo para una acción militar de las fuerzas anticomunistas en el mundo asiático, tan merinado de defensas para los intereses occidentales.

El capítulo sexto se dedica a la «Defensa nacional». Revela la extraordinaria labor que se ha hecho en Formosa en los tres años de «destierro». Es particularmente curiosa la información sobre las actividades de las guerrillas en el continente.

Los capítulos siguientes resumen las materias de Hacienda, Educación y Cultura, Economía y Comunicaciones y Correos.

El capítulo once es un detallado informe sobre la ayuda económica de los Estados Unidos, con cifras que apuran los conceptos más insignificantes, como si fuera la rendición de cuentas de un celoso administrador.

Un capítulo, el doce, explica «Los partidos políticos»: el Kuomintang, que es el de más fuerza, como se sabe bien; el partido de la Joven China, fundado en París en 1923, y el socialista democrático, que es el resultado de la unión del partido nacional socialista y constitucional democrático, habido en 1946.

Taiwan (Formosa), su historia, su geografía, sus ciudades, sus recursos naturales, es el tema del capítulo trece, y tiene en la actual coyuntura un interés que no hay por qué resaltar. Completado con el estudio de Ravenholt *Formosa Today*, en *Foreign Affairs*, New York, July 1952, es un documento que ha de ser muy estimado.

Los dos siguientes capítulos constituyen la parte que pudiéramos llamar polémica del libro. Tratan, respectivamente, de «Agresión soviética por medio de los chinos comunistas», fórmula con todo cuidado elegida, y «El régimen comunista». En ellos se explana la tesis oficial china ante el hecho consumado del triunfo del comunismo de Mao con la complicidad abierta de los soviéticos. Aparte de la crítica, no por parcial menos valiosa, se contiene una objetiva exposición de las instituciones del régimen comunista chino.

Y para completar este sumario, anotamos los títulos de los dos últimos capítulos: «Cronología de sucesos importantes desde 1911 (año de la derroca de la dinastía Manchú, hasta 1952)» y «Quién es quién» (la aludida lista de personajes de la actualidad pública de la China leal a Chiang).

Por último, en el apéndice se comprende

una colección de leyes fundamentales: Constitución y leyes orgánicas de los cinco Yuan (el «Tsungtungfu» o Presidencia, el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial, el de Examen y el de Inspección), del Tibet, de Mongolia, el Tratado de que hicimos mención más arriba, etc. También se inserta un calendario de fiestas nacionales, cuadro de pesas y medidas con sus equivalencias al sistema métrico decimal.

Es verdad que la opinión política occidental está de vuelta del ingenuo optimismo del año 1945, cuando América se hallaba plenamente convencida de que el Gobierno de Mao Tse Tung era sinceramente democrático, aunque progresista, mientras que el del generalísimo Chiang-Kai-Chek era un régimen dictatorial de un desagradable sabor totalitario. Es verdad, por otra parte, que las esperanzas de los optimistas que auguraban una triste fortuna al comunismo en su aventura china, confiados en el tre-

mento individualismo del pueblo que engulló a manchúes y mongoles, han sido reiteradamente alicortadas con las expresas palabras de Mao, que en una ocasión dijo: «Formamos parte del frente anti-imperialista que capitanea la Unión Soviética», y con la condena del régimen titoísta. Todo esto es bien cierto, pero no lo es menos que la tesis revisionista de la política occidental con respecto a Mao y Ho-Chi-Minh va fraguando un espíritu que puede plasmar en un abandono de los combatientes de Formosa. Es ello uno de los mejores frutos de la táctica de «inspirar confianza» que está acuñando el nuevo dictador del Kremlin. En este difícil punto del problema de Asia, este libro sirve de muy eficaz medio para comprender y resolver lo que no vimos claro del pasado, lo que nos queda por ver del inmediato futuro.

J. L. A.

